

IV

BAUTISMO DE SANGRE

Institución del Diaconado. — El Protomártir Esteban

En el capítulo segundo de los *Hechos* nos encontramos con esta página casi de idilio:

«Y perseveraban los discípulos en oír las enseñanzas de los Apóstoles y en la unión de la fracción del pan y en la oración. Se apoderó el temor de todos a la vista de los muchos prodigios y señales que hacían los Apóstoles; y todos los que creían vivían unidos teniendo todos sus bienes en común; pues vendían sus posesiones y haciendas, y las repartían entre todos según la necesidad de cada uno. Todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría de corazón, alabando a Dios en medio del favor general del pueblo. Y cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvos.»

Un poco más abajo repite con permenores el hecho y añade:

«La muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma... Los Apóstoles atestiguaban con gran poder, la resurrección del Señor Jesús y todos los fieles gozaban de grande estima: No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles y cada uno recibía lo que se le repartía según su necesidad» (Act. II, 32-35).

Se dió, pues, entre los cristianos primitivos de Jerusalén una especie de comunismo voluntario y espontáneo nacido del despego de los bienes de la tierra y del más hermoso y sincero amor a sus hermanos, pero a nadie se oculta que este comunismo nada tiene que ver con el de nuestros días, ateo y no nacido de la virtud precisamente. En todo caso la vida de la Comunidad jerosolimitana era la realización más acabada y auténtica del gran ideal evangélico que el mismo Hijo de Dios propuso en el sermón de la montaña:

«Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra...; bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt. V, 3 s.).

Institución del Diaconado

Los Apóstoles eran los administradores de los bienes allegados de la aportación común y en ese plan tenían intensísimo trabajo en la distribución de los alimentos a los necesitados, cuyo número, como el de los cristianos, iba en perpetuo crecimiento. Con ello quedaban demasiado atareados y en la imposibilidad de entregarse a la predicación, a la conquista de nuevos adeptos y dilatación del reino de Jesucristo.

No podía evidentemente prolongarse tal situación. La predicación urgía, la buena nueva del Evangelio de la salud pedía extenderse y llegar hasta los confines de la tierra; la mies era mucha, inmensa; los campos blanqueaban para la siega: judíos y gentiles esperaban la salvación y no permitían la demora...

Tal fué la causa de la creación del diaconado:

He aquí la relación del documento oficial:

«Habiendo los doce convocado la multitud de los discípulos, dijeron: No parece bien que nosotros, dejando a un lado la palabra de Dios nos empleemos en servir a las mesas. Elegid, pues, hermanos, a siete varones de entre vosotros, bien reputados, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes pongamos al frente de este servicio: nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra. Y pareció bien lo propuesto a los ojos de la multitud y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolao prosélito antioqueno; a los cuales presentaron ante los Apóstoles y haciendo oración les impusieron las manos. Y la palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba asombrosamente el número de los discípulos en Jerusalén y gran muchedumbre de sacerdotes se sometían a la fe» (Act. VI, 2-7).

La ocupación de los nuevos diáconos o servidores, que eso significa el nombre, consistiría, como ya queda dicho, en distribuir a los pobres y especialmente a las viudas y a los huérfanos, los alimentos comprados por las aportaciones de los ricos. Administraban también el bautismo (VIII, 38) y aún se daban a la predicación (VII, 2-53).

El Protomártir Esteban

Todos llenaban plenamente su cometido, pero ninguno como Esteban.

El poder irresistible de su palabra y los grandes y frecuentes milagros que realizaba, le habían valido los más amplios triunfos entre las multitudes que se agolpaban alrededor de su persona.



El Diácono San Esteban acusado de blasfemo en la Sinagoga
(Juan de Juanes. Museo del Prado)

Pronto surgió, como era de prever, la contradicción y la lucha por parte de los enemigos de la naciente y ya temida y odiada secta. Esteban no se arredra por ello. De carácter ardiente y batallador, de palabra cálida y elocuente, destruída todas las intrigas y razonamientos de sus adversarios y los reducía al silencio. Los *Hechos* dicen textualmente que «no podían resistir a la sabiduría y espíritu con que hablaba». ¿Qué hacer en tales circunstancias?

Lo de siempre. La maldad carece de escrúpulos y tiene muchos recursos.

Vencidos en el terreno de la razón, acudieron los adversarios al innoble procedimiento de la calumnia. Sobornaron a algunos para que afirmaran haberles oído proferir palabras injuriosas y blasfemas contra Moisés y contra Dios.

La intriga tuvo presto el efecto deseado y Esteban, apresado atropelladamente, fué conducido a juicio.

Ante el Sanedrín

El rencor y mal disimulado encono fué la nota saliente de la gran asamblea. Los falsos testigos dieron comienzo a sus indignas inculpaciones acusando a Esteban de blasfemo.

«Este hombre, dijeron, no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la ley y aún le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y mudará las costumbres que nos dió Moisés» (VI, 13.14).

Sucedió entonces algo extraordinario que consignan particularmente los *Hechos* (VI, 15). La alegría y paz imperturbable que reflejaba Esteban en medio de la ira y rostros descompuestos de los acusadores llenos del más vil apasionamiento, era tan visible y tan amable que se transparentaba radiante y luminosa en su semblante: Su rostro apareció ante jueces y acusadores como transfigurado.

«Todos los que asistían al Concilio, puestos en él los ojos, vieron que su rostro era como el de un ángel» (VII, 15).

«¿Es verdad lo que éstos dicen?», le preguntó el Sumo Sacerdote, Presidente del Sanedrín.

La contestación de Esteban fué aplastante, pero dura y tremenda.

¡Prodigio de serenidad y de valentía!

Nada le habían impuesto, ni la acerbidad e injusticia de sus enemigos, ni las amenazas y odio concentrado que observaba a su alrededor, ni el evidente peligro de una muerte segura

que le acechaba, ni la majestad del Sanedrín y del acto. Sintiendo en la posesión de la verdad, lejos de intimidarse se creció y agigantó como nunca. Tomó la palabra y pronunció el más fuerte discurso de defensa, no de sí propio sino de la verdad sobre Jesucristo a quien predicaba y de condenación de la protervia y maldad de los judíos.

Empezó, como era de rúbrica entre sus connacionales, resumiendo a grandes rasgos la Historia del pueblo de Israel.

Abraham, llamado por Dios del gentilismo y objeto de las promesas y fundador del pueblo de Dios... Isaac y Jacob con los doce Patriarcas, quienes por envidia hacia José le vendieron para Egipto. El crecimiento del pueblo judío en este país; la elección de Moisés para librarle de la opresión faraónica... El tránsito del Mar Rojo... David y Salomón, que edificó el templo...

Después el encomio, la exaltación fervorosa y elocuente del Mayor de los Profetas que acababa de ser crucificado por ellos en la misma Jerusalén... La elocuencia e intrepidez del diácono se hacía cada vez más fogosa e incisiva... No es extraño que el gran Profeta y Mesías venido al mundo haya sido ajusticiado por Israel. Esa ha sido siempre la conducta de este pueblo durante los siglos.. Por fin el reproche, la invectiva suprema:

«Oh duros de cerviz e incircuncisos de corazón: vosotros habéis resistido siempre al Espíritu Santo. Como vuestros Padres así también vosotros. ¿A quién no persiguieron vuestros Padres? Ellos dieron muerte a los que anunciaron la venida del Justo y vosotros acabáis de crucificarle.

Vosotros recibisteis por ministerio de los ángeles la ley y no la guardasteis» (VIII, 51 s.).

El Martirio

Imposible que la soberbia farisaica pudiera aguantar tan tremendas invectivas.

El fogoso diácono se había jugado la vida irremediablemente.

«Al oír esto, dicen los *Hechos*, se llenaron de rabia sus corazones y rechinaron los dientes contra él.»

De nuevo un caso extraordinario.

En medio del gran tumulto suscitado en la asamblea por el discurso, el candidato al martirio permanecía aún sereno y clavados sus ojos en el cielo parecía arrobado en éxtasis. Así era en verdad. Una magnífica visión le enajenaba y le daba alientos en el duro trance. En su gozo se atrevió a manifestarlo:

«Veo, dijo, los cielos abiertos y al Hijo del Hombre en pie a la diestra de Dios.»

Había llegado el momento decisivo.

Cual si hubieran escuchado una gran blasfemia se agitaron todos como víboras y prorrumpiendo en horrendo vocerío, al mismo tiempo que se tapaban los oídos, se arrojaron tumultuosamente sobre él, y a rastras le sacaron del Concilio y de la ciudad.

¿A dónde le llevaban?

Había proferido una gran blasfemia al afirmar que Jesús, como participante de la soberanía divina, estaba sentado a la diestra de Dios... Era necesario, por tanto, lapidarlo sin clemencia en cumplimiento de la ley:

Allí estaban ellos para hacerlo.

Los amotinados, ya fuera de la ciudad, colocaron a la víctima en medio de una hoya o depresión del terreno, atado de pies y manos para que la huida fuera imposible y, quitados sus vestidos exteriores, para mayor comodidad y agilidad en sus movimientos, cogiendo grandes piedras, se las arrojaron con sus propias manos sin clemencia.

La horrenda granizada arreciaba por momentos y el mártir se sentía morir, pero ¡rasgo sublime! Esteban se acordó de la muerte del Maestro: Él había entregado su espíritu rogando por los propios enemigos y crucificadores. El diácono quiso seguir su ejemplo: «Y mientras le apedreaban, dicen los *Hechos*, Esteban oraba diciendo: "Señor, no les imputes este pecado." En un esfuerzo supremo se puso de rodillas y en esta postura gritó con fuerte voz, como Cristo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu", y, en diciendo esto se durmió en el Señor.»

La voz de la sangre

No cabe duda que es sublime el espectáculo. Muertes como ésta no podían menos de alentar, e infundir el máximo entusiasmo.

Jamás se habían visto tales hombres que parecían de un mundo y de una raza y temple superiores. Entre los fieles servían tales ejemplos también de enardecimiento para el martirio. Era el contagio del heroísmo. Dijo Tertuliano en plena era de las persecuciones, que «la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos»: se comprende, aun aparte de la gracia de Dios, por reacción psicológica. La sangre derramada por Cristo tan noble, tan valerosamente, tenía su voz que clamaba como la de Abel.



Entierro de San Esteban

(Juan de Juanes. Museo del Prado)

Con Esteban se había derramado la primera, en los albores mismos de la existencia de la nueva religión, prenuncio de los torrentes que habían de derramarse en el decurso de los tiempos. La Iglesia, como su fundador Jesucristo, nacieron bajo el signo del dolor, de la persecución, de la sangre. «Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros.» «Os llevarán a los tribunales, a las cárceles y os darán la muerte por mi causa...» Estos son los designios de Dios incomprensibles para la humana filosofía. "*Sectae huic ubique contradicatur*", dijo ya en los primeros años, el Gobernador Festo. «Todo el mundo la persigue.» ¿Por qué así? ¿Por qué tan irreconciliable enemiga? Nada mejor que el cristiano, más moral, caritativo, religioso; sin embargo solo su nombre excita la animosidad.

Es el cumplimiento de la Profecía del Maestro:

«Pondrán en vosotros las manos y os perseguirán..., pues ha llegado el momento en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios.»

V

BAJO LA TIRANIA DE HERODES

El martirio de Santiago. — Encarcelamiento y liberación de Pedro

Después de la persecución general suscitada a raíz de la lapidación del Protomártir Esteban siguióse un período de absoluta calma para los cristianos. Los *Actos* la describen con estas palabras:

«Por toda Judea, Galilea y Samaria gozaba de paz la Iglesia y se fortalecía y andaba en el temor del Señor llena de los consuelos del Espíritu Santo» (Act. IX, 31 s.).

No duró mucho, sin embargo, el tiempo bonancible. Una nueva tormenta amenazaba, más peligrosa que las ya sufridas por cuanto se dirigía proterva y solapada a la cabeza de la nueva religión, a sus maestros y dirigentes.

Venía de un gentil, aunque por causa también de los judíos: de Herodes Agripa.

Los Herodes

Tres personajes interesantes desde el punto de vista cristiano han llegado hasta nosotros con este nombre. El primero es Herodes, llamado el Grande, Rey de Judea desde el año 38 antes de Jesucristo hasta el 4 de nuestra era. Fué escéptico en materia religiosa, pero a pesar de eso muy estimado por los judíos porque a él le debieron la construcción del grandioso templo de Jerusalén, gloria y orgullo de la nación. Fué el Herodes de la muerte de los inocentes y de crueldad proverbial que ejerció hasta contra los propios parientes.

El segundo Herodes fué el llamado Antipas, hijo segundo del Grande y rey de Galilea. Es el Herodes de la degollación de San Juan Bautista y de la Pasión del Salvador, a quien éste fué presentado de parte de Pilatos y por él despreciado. Finalmente *Herodes Agripa*, nieto de Herodes el Grande, muerto el año 44 de nuestra era. Es el que en este punto de la historia especialmente



El martirio de Santiago. (*J. Fernández Navarrete, El Escorial*)

nos interesa. El Emperador Calígula había decretado la restauración del reino de Israel y Herodes había sido el afortunado elegido. En consecuencia de ello había obtenido el mando de todo el pueblo judío.

El martirio de Santiago

El nuevo monarca advirtió pronto la malquerencia no disimulada que las autoridades religiosas y los más influyentes de Jerusalén abrigaban contra los cristianos.

Cualquier cosa que hiciera contra ellos sería bien recibida por los mismos y nada mejor para ganarles la voluntad que perseguirlos. Se determinó, pues, a darles gusto el adulón y desaprensivo Rey aunque fuera pasando por encima de la caridad y de la justicia. «Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?», debió decirse también y puso manos a la obra.

La primera víctima escogida fué el Apóstol Santiago el Mayor. ¿Por qué fué objeto de sus preferencias? Quizás creía que era el principal en la comunidad cristiana. Al menos es cierto que «el hijo del trueno» era uno de los más celosos predicadores de la fe, respondiendo a su carácter fogoso y ardiente en el amor y defensa de Jesucristo que diera ocasión a su nombre.

El golpe, pues, era certero.

No se han conservado los pormenores y circunstancias de su muerte, pero consta que fué decapitado.

Era el primero de los Apóstoles que sellaba con su sangre el testimonio del Maestro. El había respondido a la pregunta de Jesús, que estaba dispuesto a beber su cáliz, y le había llegado la hora. No podemos dudar un momento de que sería digno de sí en el supremo trance. Las palabras del gran Maestro de que «si a él le habían perseguido no perdonarían a los discípulos» y, sobre todo, la esperanza de verlo y de estar con Él en su reino, le animaron.

Encarcelamiento de Pedro

Otra víctima codiciada tenía el tirano en el pensamiento; era Pedro, de cuyos milagros y predicación había oído discutir frecuentemente. Si la muerte de Santiago había sido grata a los judíos, no lo sería menos la de él. Mandó, pues, prenderle sin escrúpulos y por la única razón de que era rey, de que tenía la fuerza, y lo guardaba en la prisión para ejecutarle pasados los días de la Pascua.

¡Tremenda catástrofe la que parecía cernerse inevitable so-

bre la pobre y apenas nacida religión cristiana! ¿La permitiría su divino fundador? Los *Hechos* nos refieren que en aquellos días azarosos, «la Iglesia oraba continuamente por él».

Pedro, a quien había Jesús constituido piedra fundamental y jerarca supremo de la Iglesia, parecía imprescindible en los comienzos de la misma y no podía faltar. No faltó, en efecto. Cristo conjuró el peligro interviniendo milagrosamente.

Era la noche trágica del día en que debía de ser ejecutado. El Apóstol estaba vigilado incesante y severamente por cuatro compañías de soldados que se relevaban a cada una de las respectivas velas de la noche. Para mayor seguridad le habían atado incluso con cadenas a los mismos que le custodiaban. Así esperaba el inmediato término de sus días con plena paz y resignación en las manos del Señor; estaba dispuesto a libar su sangre en sacrificio por aquel que tanto le había amado y preferido, cuando he aquí que una luz repentina llenó de improviso la cárcel. Pedro vio ante sí un personaje desconocido que le dijo: «Levántate presto.» Inmediatamente cayeron de sus manos las esposas y quedó libre. Tenía en su presencia un ángel enviado por Dios para librarle. El espíritu celeste le invitó a seguirle y precediéndole él mismo le condujo a la puerta de la prisión que se abrió por sí misma espontáneamente.

Salidos fuera, el ángel siguió acompañándole por algunas calles y desapareció.

La providencia de Cristo por su soldado era manifiesta y Pedro sintió sin duda el escalofrío de lo sobrenatural que tan claramente había palpado.

¿A dónde dirigirse entonces?

A una casa bien conocida por él: tal vez al Cenáculo u otra en donde se reunían los cristianos para su culto y oraciones; quizás la de María, madre de Marco.

La escena acaecida a su llegada a ella es un verdadero idilio encantador, tan ingenuo, bello y real que está delatando por sí misma su plena historicidad. Pedro tocó a la puerta de la casa en que aún se estaba en vela, quizás en oración por él. Salió al balcón una criada llamada Rode para saber quién era el que llamaba y reconoció al Apóstol. La joven, sin atender a abrirle, transportada y loca de entusiasmo se fué a los demás de la casa para anunciarles la gran nueva. Nadie quería creerla y la tenían por visionaria, pero ella insistía porfiadamente.

Pedro permanecía a todo esto en la calle y seguía llamando. Abierta, por fin, la puerta entró el Apóstol y contó el milagro acaecido...

La prudencia exigía que se guardara en adelante y así lo hizo marchando a «otro sitio», según la frase de los *Hechos*.

VI

PRIMERA EXPANSION CRISTIANA

Persecución general y dispersión de los fieles. — Samaria, Lida y Jope. — Antioquía.

Terminan los *Hechos* la relación del martirio del Diácono Esteban con estas palabras:

«Aquel día comenzó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén y todos, a excepción de los Apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y de Samaria. Y los que se habían dispersado iban por todas partes predicando la palabra» (Act. 8, 1-4).

Era la consecuencia natural de la reinante efervescencia. Desfogada la rabia de los judíos contra el mártir; triunfantes y convencidos de que habían realizado un acto de celo por la religión y gloria de Dios, extendieron a todos los cristianos sus iras. ¿No tenían todos, por ventura, las mismas ideas que Esteban? Todos eran blasfemos y dignos, por tanto, de ser aniquilados.

¡Pero sabía providencia!

La dispersión subsiguiente, aunque penosa para los fieles, fué altamente beneficiosa para la causa general del evangelio. La nueva religión se vió impelida a salir de la cuna de su infancia y expandirse por el mundo. Los pueblos de Judea, de Galilea y de Samaria fueron el lugar de refugio de la mayoría de los dispersos, pero otros pasaron mucho más lejos, hasta Tiro y Sidón y aun Antioquía y, en general, a las regiones mediterráneas. A todos estos sitios llevaron los cristianos de Jerusalén su fe, su entusiasmo religioso y su ardiente proselitismo. Lo que había sido, pues, un acto de tiranía debido al deseo de aniquilamiento, lo convirtió Dios en su providencia, en un medio eficaz de propaganda. Había sido el huracán que esparciera la semilla a los cuatro vientos.

Una novedad inesperada.

En esta persecución general contra la Iglesia naciente se

distinguió como el que más, uno que había de ser pronto el más grande los apóstoles, San Pablo. Fanático en su celo por la ley y las tradiciones patrias, era entonces el más dinámico y terrible enemigo del nombre cristiano. «Y Saulo, dicen los *Hechos*, devastaba la Iglesia y entrando en las casas arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar» (Act. VIII, 3).

Recordemos algunos hechos más salientes de la labor de los dispersos por las diversas regiones que visitaron.

Samaria

Poco conocida es la historia de este interesante pueblo. Ocupa, como se sabe, la región situada en medio de la tierra santa, al sur de Galilea y al norte de Judea. En los tiempos de Cristo y comienzos de la Iglesia, eran los habitantes que la poblaban algo así como una raza híbrida, mezcla de la de los israelitas más pobres que habían quedado en el lugar durante el cautiverio de Asiria y de paganos allí emigrados.

El verdadero y puro Israel lo despreció cruelmente al volver del destierro juzgándolo indigno de pertenecer al pueblo de Dios y rechazándolo del templo y de sus sacrificios.

Los samaritanos despechados se construyeron por su parte un templo en el monte Garizim, donde sacrificara Abraham en otro tiempo, cerca de Siquen, pero los judíos malévolos y despiadados lo destruyeron en una noche de tormenta. Desde entonces vivían los desgraciados samaritanos sin altar, sin sacerdotes ni sacrificios, aunque fieles a la esperanza del Mesías y tradiciones antiguas, odiados por los judíos y en constante enemistad y guerra con los mismos.

El Salvador les mostró un especial cariño: Los visitó tres veces, en una de las cuales recordemos el incomparable episodio de la Samaritana, de tan honda y grata memoria, juntamente con la grandiosa acogida que tuvo aquel día entre ellos, por su causa. En presencia de la muchedumbre que salió a aclamarle, fué cuando el divino Redentor, viendo en ella uno como símbolo de las futuras conversiones, dijo las memorables palabras tan conocidas: «La mies es mucha y pocos los operarios. Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su viña.»

De los diez leprosos curados juntamente, uno, el agradecido precisamente, que volvió a darle las gracias, era de este pueblo, y en la bella parábola del *buen samaritano* pintó a éste tan benévolamente lleno de caridad y amor al prójimo, cuidando generosamente al que había caído en manos de ladrones, abandonado por el sacerdote y el levita. No es extraño que Samaria,

pueblo rudo, pero noble y bueno, fuera llamado a la fe. Era digno de ella por su humilde piedad y honradez y Cristo quiso galardonarle.

El primero que se la llevó fué el diácono Felipe y con resultados felicísimos. «La muchedumbre, dicen los *Hechos*, escuchaba atentamente y con el mayor entusiasmo la buena nueva que les venía de parte de Dios para su salvación y la abrazaba jubilosa. Cooperó eficazmente Dios obrando las mayores maravillas por medio del predicador que acreditaban más sus palabras y el buen pueblo samaritano se volcó de todo corazón y se convirtió en masa a la fe de Jesucristo» (Act. VIII).

Los mismos Apóstoles se conmovieron en Jerusalén ante tan halagüeñas noticias. Pedro y Juan se trasladaron allá para cooperar con su trabajo y recolectar la gran cosecha.

El Ministro de Candaces

Tierno y edificante episodio. El Ángel del Señor, dice la narración, habló a Felipe diciéndole:

«Levántate y marcha hacia el mediodía por el camino que baja del desierto a Gaza desde Jerusalén.»

Era la generosa Providencia que quería premiar con el mayor de los dones, la piedad, hombría de bien y buenas obras de un buen gentil. El aludido era un alto dignatario, lo que, en términos modernos podríamos llamar ministro de Hacienda, «intendente de todos los tesoros» de la Reina de Etiopía. Era prosélito de la puerta, esto es, simpatizante con el judaísmo y deseoso de ser admitido en esta religión.

El piadoso ministro había ido a Jerusalén a adorar en el templo y, una vez satisfecha su piedad, volvía de nuevo a su patria. El texto sagrado nos lo describe montado en su coche y leyendo en alta voz, a lo que parece, el libro del Profeta Isaías, en este preciso pasaje mesiánico:

«Como oveja llevada al matadero y como un cordero ante el que lo trasquila enmudeció y no abrió la boca. En su humillación fué su causa atropellada: su generación ¿quién la contará? porque su vida fué arrebatada de la tierra» (Is. LIII, 7 s.).

Una súbita inspiración ilustró al Diácono. «Acércate, le dijo una voz interior, y llégate al coche.» Aceleró el paso Felipe y oyendo lo que leía se introdujo en conversación con él:

«¿Entiendes lo que vas leyendo?, le dijo el diácono. ¿Y cómo voy a entenderlo si alguno no me guía?, repuso el etíope, y rogó a Felipe que subiera y se

sentara a su lado. ¿De quién dice esto el Profeta, de sí mismo o de otro?, preguntó el Ministro. Entonces tomó Felipe la palabra y comenzando por esta escritura, le evangelizó a Jesús.»

Quedó plenamente convencido de la verdad que se le predicaba y anheloso de ser cristiano. Había sonado la hora de Dios para el buen prosélito.

«Y como siguiesen su camino, llegaron a un sitio de agua, y dijo el Eunuco: aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Dijo Felipe: si crees de todo corazón es posible. Él respondió: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó se parara el coche y bajando entrambos al agua, Felipe le bautizó. Así que subieron del agua el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vió más el Eunuco, quien siguió gozoso su camino.» (Act. VIII, 26-40).

Eneas y Tabita

Salimos ya de las fronteras de Israel. El Evangelio ha entrado triunfante en la paganía que, como el macedonio de la visión de Pablo, lo estaba esperando ansiosa.

Trasladémonos en pos de él a la costa mediterránea, a las ciudades de *Lida* y de *Jope*, la actual *Jafa*. Ambas son memorables en los Anales cristianos por dos señalados prodigios obrados por San Pedro en aquellos mismos días.

«Y sucedió que discurriendo Pedro por toda la región, visitó también a los santos que moraban en Lida. Allí había un hombre por nombre Eneas, tendido en una camilla desde hacía ocho años, que estaba paralítico. Y díjole Pedro: Jesús el Mesías te sana; levántate y toma tu camilla. Al punto se puso en pie. Y vieronle todos los que moraban en Lida y en el Sarón, los cuales se convirtieron al Señor.» (Act. IV, 32-35).

Más llamativo aún y extraordinario fué el milagro de Jafa. Estaba cerca de Lida y era el puerto famoso en que se había embarcado Jonás cuando, no queriendo obedecer a Dios que le enviaba a predicar penitencia a Nínive, quiso huir de su presencia y se dirigía a Tarsis.

«Y en Jope había una discípula por nombre Tabita, que, traducido, se dice *Dorcas* o *Gacela*. Esta estaba llena de buenas obras y de limosnas que hacía. Y sucedió por aquellos días que, habiendo enfermado, murió. Y después de lavada la pusieron en la estancia superior. Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, en oyendo que Pedro estaba allí, despacharon a él dos hombres, suplicándole: "No tardes en llegarte a nosotros." Levantándose Pedro se fué con ellos; al cual, así que llegó, le subieron a la estancia superior, y se le presentaron todas las viudas llorando y mostrando sus túnicas y mantos, que, mientras vivía, les labrara Dorcas. Pedro, habiendo hecho salir a todos e hincando las rodillas, hizo oración y, vuelto hacia el cadáver, dijo: "Tabita, levántate." Ella abrió sus ojos, y viendo a Pedro, se incorporó. Y dándole la mano, la levantó. Y llamando a los santos y a las viudas, se la presentó viva.»

Antioquía

Un paso más en la conquista.

Con la ciudad nombrada llegamos ya casi al corazón del paganismo.

Antioquía era, en los primeros tiempos de nuestra era, una de las más importantes y bellas ciudades del Oriente y quizás la de más prestigio y nombradía mundiales después de Roma, Alejandría y Atenas. Era capital de Siria y residencia del Gobernador romano, gran sede del comercio y, sobre todo, ciudad de placer, llena de suntuosos palacios y jardines.

Residía en ella una numerosísima colonia judía que habitaba, como acostumbraba en todas partes, en un barrio aparte y casi independientemente. Se dijo de él que era «una ciudad dentro de otra ciudad».

A ella llegó también el evangelio en su impulso conquistador. ¿Quiénes fueron los primeros que la llevaron? Los *Hechos* nombran a unos simples fieles procedentes de Chipre y de Cirene. Quizás habrían sido de los que presenciaron los acontecimientos de Pentecostés en Jerusalén o de los salidos de ella en el éxodo de la persecución general ya mencionada.

Los esfuerzos de estos *buenos "hermanos"*, como les apellida el texto, dieron magníficos resultados. La mano del Señor, se dice allí también, estaba con ellos y un gran número se convirtió y creyó en el Señor. La conquista empezaría, como era de costumbre, por el barrio judío, pero pronto rebasó sus límites e invadió la ciudad pagana con los mejores auspicios.

Fué ésta una gratísima nueva para los Apóstoles y fieles de Jerusalén, quienes sin pérdida de tiempo enviaron allá uno de los suyos de plena confianza, Bernabé, «varón lleno de Espíritu Santo y de fe», que éste es el elogio con que nos lo presenta el sagrado texto. El nuevo predicador estuvo a la altura de su misión. Conoció de cerca la realidad y supo apreciar las inmensas perspectivas y esperanzas prometedoras que se abrían, pero hombre también inteligente y de ambiciones apostólicas se percató de lo que más convenía.

La mies era mucha, y los operarios pocos: para que tan halagüeña floración no se malograra era de todo punto necesario llamar otros trabajadores; y se dió a la obra.

El espíritu de Jesús fué, sin duda, el que le puso en la mente al hombre incondicional del momento: era Pablo de Tarso, el recién convertido que había tenido ya sus primeros escauceos apostólicos, pero que entonces estaba retirado en su ciudad

natal esperando que Cristo le indicara lo que había de «padecer por su nombre».

A Tarso, pues, marchó Bernabé en buena hora, para traerse al misionero. Saulo, por su parte, el gran Apóstol destinado por el fundador de la Iglesia a la evangelización de los gentiles, reconoció en la invitación de Bernabé para Antioquía, la voz y los designios de Cristo y cedió inmediatamente a la propuesta. Marchó a la gran ciudad asiática lleno de deseos e ilusiones.

Era el año 43, el año de Dios y de gracia para ella y en general para el mundo pagano. En él se abrió paso la luz del evangelio a través de las tinieblas. El paganismo entraba de lleno en el reino mesiánico; su conquista para Cristo, supremo anhelo del Apóstol, era ya un hecho que avanzaba. Dentro de poco la misma Jerusalén sería eclipsada y la luz llegaría hasta la cima del Capitolio.

Pablo trabajó incansablemente y fueron tantas las conversiones y creció tanto la comunidad cristiana que llegó a atraer la atención por su número y prestancia aun de los mismos gentiles, quienes empezaron a llamar por primera vez a los fieles con el nombre de «cristianos».

Antioquía quedó ya consagrada en el cristianismo naciente y por la misma fuerza de las cosas convertida en centro propulsor del mismo en el mundo gentil; venía a ser capital de la nueva religión para la gentilidad, como Jerusalén para los convertidos del judaísmo.

Para San Pablo particularmente fué la ciudad predilecta, como para Cristo lo había sido Cafarnaum; en ella inició su carrera de heraldo incansable de Jesucristo y a ella la hizo centro de sus portentosas excursiones, de sus viajes apostólicos de que hablaremos después y que quedaron para siempre inmortalizados entre las más grandes hazañas de la Historia.

VII

LA CONVERSION DE SAN PABLO

Algunos datos biográficos. — Tarso y Jerusalén. — Camino de Damasco, conversión y cambio repentino.

La conversión de San Pablo es quizás el acontecimiento cumbre de la Historia de la Iglesia naciente después del día de Pentecostés. Por eso debemos detenernos en él y poner de relieve toda su transcendencia.

Lleva además en sí y en las circunstancias que le rodean tan claro e inconfundible el sello de lo sobrenatural, que basta por sí sola para creditar de divina la nueva religión que le ganó para sí y fué, en recompensa, la feliz usufructuaria de sus grandes talentos e inmenso dinamismo.

Datos biográficos

El mismo Apóstol nos suministra los principales en sus cartas y discursos.

Según ellos es:

"Hebreo, hijo de hebreos."

No se recata Pablo de este nombre y descendencia. Por el contrario, la acentúa. En su carta a los Filipenses (c. III) se llama paladinamente, «circunciso al tercer día», «de la raza de Israel», «de la Tribu de Benjamín»...

Y de ello se gloria como de la mejor suerte que podía haberle. Más aún, como israelita de corazón siente inmensamente en el alma la incredulidad y obcecación de su pueblo.

«En lo que cualquier otro pueda gloriarse, dice a los Corintios (II, XI, 21-22), lo digo con desatino, me atrevo también yo: ¿Son ellos hebreos? Pues también lo soy yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son linaje de Abraham? También yo...»

Y a los romanos:

«Os digo la verdad en Cristo; no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo; que siento una gran tristeza y un incesante dolor en mi corazón. Pues desearía yo ser anatema por parte de Cristo

en bien de mis hermanos según la carne, los israelitas cuya es la adopción y la gloria y la alianza y la legislación y el culto y las promesas: cuyos son los Patriarcas y de quienes, según la carne, es Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (IX, 1 s.).

Por razón de este amor y profundo aprecio de su raza tan privilegiada y favorecida por Dios, se mostraba celosísimo de ella y

«aventajaba, como él mismo lo consigna (Gál. I, 14), en el judaísmo, a muchos de su edad y su linaje, siendo excesivamente celador de las tradiciones de sus padres».

Era también fariseo (Fil. III) y conforme a su propio testimonio en el discurso ante el Sanedrín en Jerusalén, «hijo de fariseos».

Tarso y Jerusalén

Son éstas las dos ciudades en que se desenvolvió la infancia y toda la vida de Pablo hasta el momento de su conversión.

Tarso está situado en Cilicia, de la que fué un día capital.

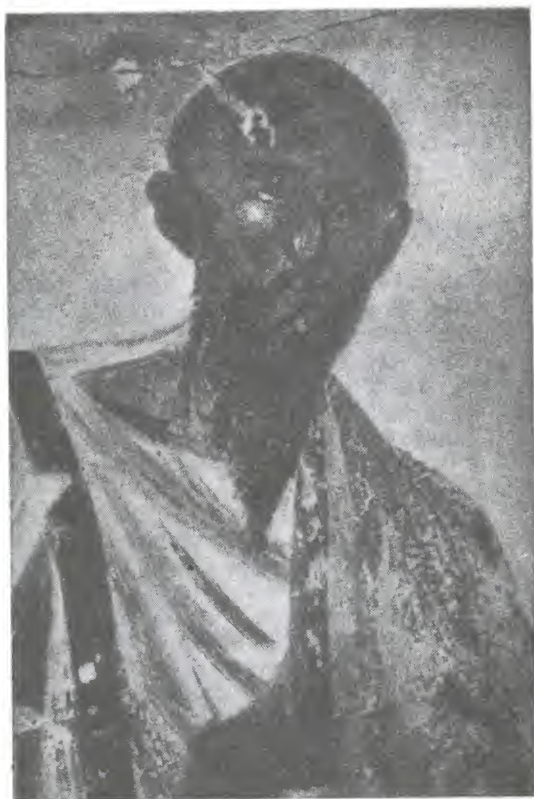
Hoy es una ciudad turca pobre y sin importancia, de unos 20.000 habitantes, pero no era así en el primer siglo de la era cristiana. Rica y rodeada de fértiles llanuras se asentaba sobre una de las últimas estribaciones de la cordillera del Tauro, atravesada por el río Cidno, que al presente se encuentra algo distante. Era ciudad cosmopolita y emporio del comercio, al par que un gran centro de cultura comparable, en algunos aspectos, con Atenas y Alejandría.

En este lugar, pues, relativamente cercano a Palestina, nació Saulo en una fecha aún no suficientemente puntualizada, pero que debió estar comprendida entre el año primero y quinto de nuestra era.

El futuro gran apóstol fué, en consecuencia, no sólo contemporáneo de Cristo sino aún casi de su misma edad. De él oyó hablar, sin duda, muchas veces, pero nos testifica en su carta a los Corintios (II, V, 16) que no llegó a conocerle personalmente.

Tarso era ciudad romana o gozaba del derecho de ciudadanía del Imperio, y Pablo, ciudadano romano verdadero, en virtud de ello, prerrogativa muy estimada entonces y gracias a la cual pudo evitar ser azotado en Jerusalén por mandato del tribuno ante el alboroto de los judíos.

He aquí cómo nos cuentan los *Hechos* este singular acontecimiento:



SAN PABLO

(Fresco en las catacumbas de San Pedro y Marcelino)

«Hasta aquí le prestaron atención, pero luego levantando su voz dijeron al tribuno: Quita a ese de la tierra pues no merece vivir, y tiraban sus mantos y lanzaban polvo al aire. En vista de esto ordenó el tribuno que le introdujeran en el cuartel y le azotaran y dieran tormento a fin de conocer por qué causa gritaban contra él. Así que le sujetaron para azotarle dijo Pablo al Centurión que estaba presente: "¿Os es lícito azotar a un romano sin haberle oído?" Al oír esto el Centurión se fué al tribuno y se lo comunicó diciendo: ¿Qué ibas a hacer? porque éste es un hombre romano. El Tribuno se le acercó entonces y le dijo: ¿Eres romano tú? A lo que contestó afirmativamente. El Tribuno entonces contestó: "Yo adquiriré esta ciudadanía por una gran suma." Pues yo la tengo por nacimiento, contestó Pablo. Al instante se apartaron de él los que le iban a dar tormento, lo mismo que el Tribuno.»

Los primeros estudios

A los cinco años comenzó el futuro Apóstol, conforme a las costumbres judías, lo que llamaríamos hoy la primera enseñanza y que consistía en aprender a deletrear las primeras palabras de la Biblia hebrea. Al mismo tiempo aprendía también, según la usanza, un oficio manual con que el día de mañana pudiera ganarse la vida. El oficio escogido fué el de fabricante de tiendas de campaña, del cual hizo uso aun siendo Apóstol y con el que pudo «subvenir a sus propias necesidades y a las de sus compañeros» (Act. XX, 34).

Hacia los trece años se trasladó a Jerusalén para darse en ella a los estudios mayores; quizás ambicionaba llegar a ser Doctor de la Ley, gloria suprema a que podía aspirar el judío. El maestro escogido fué el famoso (Rabí) Gamaliel, altamente venerado y de singular renombre y competencia. Tres o cuatro años pasó bajo su magisterio «a los pies de Gamaliel», según la frase usual; después se ausentó de la capital judía, para regresar a Tarso, aunque volvía a ella frecuentemente y estaba en contacto íntimo con el Sanedrín.

Perseguidor de la Iglesia

Fué ésta la nota triste y la continua pesadilla de su vida.

En la carta a los Gálatas (II, V, 16) se llama a sí mismo: «indigno de ser apóstol porque persiguió sañudamente la Iglesia de Dios».

No era extraño en él tal enemiga contra los discípulos de Jesús. En el cristianismo naciente veía con ojo certero el fariseo celoso, una secta maligna, de tendencias y doctrinas de mal género que podía acarrear, si se le permitía la libre expansión, las más trágicas consecuencias para el judaísmo. La secta crecía y se multiplicaba con ritmo alarmante, por una

continua afluencia de hombres buenos y piadosos, pero engañados y sorprendidos en su buena fe. Había que acabar con ello a todo trance y con la máxima energía. Saulo se aprestó a ello con todo el tesón y fanatismo de su carácter.

La persecución parece haberla empezado en la misma Jerusalén, en donde ya los adeptos se contaban por millares exasperando sus iras... Una de sus primeras víctimas fué el Protomártir Esteban, como ya queda indicado en otro capítulo; no sólo dió su voto para la lapidación del valiente diácono sino que estuvo presente en la misma y aun tomó parte activa en ella «guardando las vestiduras de todos» (Act. VII, 57).

Ni se circunscribió su celo a Jerusalén. El Cristianismo rebasaba los linderos israelíticos y se extendía pujante por el mundo. ¿Cómo cruzarse de brazos y dejarlo extenderse como un cáncer dañino por la diáspora?

Saulo determinó ir en su seguimiento y atajar su marcha arrolladora. En su propia patria Tarso había contemplado con dolor su progreso y más aún en la gran ciudad de Damasco: a ella quiso encaminarse sin demora... Para el feliz éxito de su empresa pidió y obtuvo de los Príncipes de los Sacerdotes cartas para las autoridades de las Sinagogas de Damasco, que le autorizaban para poder llevar a Jerusalén, arrastrándolos como prisioneros, a cuantos cristianos, fueran hombres o mujeres, pudiera alcanzar, para proceder contra los mismos en la capital judía, juzgándolos, no según las leyes del Imperio, sino conforme a la judaica, como apóstatas y blasfemos.

Con tales preparativos y armas y, sobre todo, con saña tan desmedida, se dispuso para el viaje memorable. Los *Hechos* (IX, 1) nos lo describen en todo su trágico furor «respirando ira y amenazas de muerte».

Camino de Damasco

Nos encontramos en el momento cumbre de la vida de Saulo, próximos al acto último de la tragedia.

En tres lugares distintos nos cuentan los *Hechos* el gran desenlace. En el capítulo IX lo expone San Lucas históricamente, como autor del libro; en el XXII es el mismo Pablo el que lo refiere defendiéndose de los judíos contra él amotinados en el templo, y en el XXVI repite el mismo discurso ante el Procurador romano Porcio Festo.

Imaginémonos al fogoso fariseo en movimiento ya hacia la presa codiciada. Va en compañía de una pequeña escolta de gente asalariada o que alimenta sus mismas ideas de exte-

Damasco dista de Jerusalén unos 250 kilómetros y en llegar a ella tardaría la comitiva algo más de una semana.

Por fin apareció allá a lo lejos. Estaba situada al borde del desierto y flanqueada por la parte del norte, por las estribaciones del Antilíbano. Era grande y rica, centro político y comercial. Después de Antioquía, la capital, el más importante de Siria. Aparecía rodeada de amenísimos jardines y huertos exuberantes en medio de la gran llanura de El Ghutáh atravesada por el río Barada, el Chrysórrhoas de los griegos. La colonia judía era allí numerosísima; constaba de muchos miles, y en ella se había desarrollado el gran contagio cristiano que va él a conjurar... Diríase que es una *verdadera marcha* contra la ciudad helenojudía en la que acariciaba grandes servicios en pro del judaísmo. Un autor la compara a la salida orgullosa y confiada del «Titánic» en el viaje en que encontró su tumba.

Pero ¡cosas de Dios! La marcha contra Damasco se convirtió en marcha decisiva contra el judaísmo y contra el paganismo decadente.

Había sonado la hora de Dios y contra su voluntad nadie puede.

Si suponemos, como se cree, que era entonces el verano, podemos reconstruir la escena.

Pablo, sudoroso y fatigado, bajo los ardorosos rayos del sol que caen implacables sobre él y sus acompañantes cual encendidas puntas de fuego, camina lentamente, a eso del mediodía, entre el pequeño grupo que le escolta subiendo la calzada descubierta que introduce en la ciudad. De repente queda envuelto en una nube blanca y fulgurante que le deslumbra y ciega por completo. Lleno de pánico y fuera de sí de terror, consternado como ante la presencia de la divinidad, cae en tierra desvalido; entonces oye una voz que le dice en arameo: "*Saulo, Saulô, ¿por qué me persigues?*" El aturdimiento del interpelado fariseo llega a su colmo. "*¿Quién sois, Señor?*", dice temblando, y El le contesta: "*Yo soy Jesús a quien tú persigues. Duro te será revolvete contra el aguijón.*"

Los acompañantes oyeron la voz del que le hablaba aunque no vieron a nadie. "*¿Qué quieres de mí, Señor?*" "*Levántate y entra en la ciudad y allí se te dirá lo que has de hacer.*"

Levantóse Saulo de la tierra y aunque tenía abiertos los ojos nada veía, estaba aún deslumbrado y ciego. Lleváronle de la mano y le metieron en Damasco y allí permaneció tres días sin comer ni beber, como anotan los *Hechos*.

Ananías

Nuevas intervenciones providenciales.

«Y había en Damasco, prosigue el texto, un discípulo de nombre Ananías a quien dijo el Señor en visión. ¡Ananías! El contestó: Heme aquí Señor. Y el Señor a él: levántate y ve a la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a Saulo de Tarso que está orando...: Señor, he oído a muchos de este hombre cuántos males ha hecho en Jerusalén y que viene aquí con poder de los Príncipes de los sacerdotes para prender a cuantos invoquen tu nombre. Pero el Señor se reafirmó diciendo: Ve, porque es para mí vaso de elección, esto es, le he escogido para mí, para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuántas cosas habrá de padecer por mi nombre. Fué Ananías y entró en la casa e, imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo; el Señor Jesús que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al punto se le cayeron de los ojos unas como escamas y recobró la vista y levantándose fué bautizado; tomó alimento y se repuso» (Act. IX).

Había terminado el gran acontecimiento: la sublime conquista de Jesucristo y la magna adquisición de la Iglesia.

Saulo es ya otro hombre; había sido tinieblas y ahora es luz en el Señor.

En adelante Cristo será para él la vida, y la muerte por su causa una ganancia.

Cristo hoy y ayer y por los siglos.

VIII

CONVERSION DE S. PABLO ANTE LA CRITICA

**Importancia apologética de la conversión del Gran Apóstol. —
Explicaciones racionalistas: Paulus, Holsten, Pfeleiderer. Renán.**

Como ya indicamos en el capítulo pasado, aparece tan milagrosa y llena de destellos sobrenaturales la conversión de San Pablo que basta de por sí para acreditar de divina la religión cristiana.

En ella no podemos menos de ver la intervención especial de Jesucristo que quiso atraer a sí, para la causa de su Iglesia, a un gran corazón e inteligencia. Le hacía falta para el bien de su obra y lo conquistó aún haciendo alarde de sus prodigios.

Explicaciones racionalistas

¿Cuál es la postura de la incredulidad ante ella?

Baur llegó a afirmar que ningún análisis psicológico o dialéctico podría jamás resolver ese problema.

Tenía razón. Prescindiendo de lo sobrenatural, de la intervención milagrosa de lo alto, ni se ha podido ni se podrá nunca dar explicación razonable a los hechos.

He aquí las principales tentativas que se han realizado hasta el presente, de explicación natural humana. Todas son, como advertirá el lector, infortunadas, meras hipótesis sin consistencia.

Al leerlas no puede menos de sonreír el hombre sincero e imparcial y convencerse de que se necesita muchas veces más fe para ser incrédulo que para creer.

Paulus

La primera explicación propuesta es ya antigua, data del siglo XIX: La de Paulus; simplista y a priori como casi todas las suyas.

Oigala para su regocijo el lector.

Según él, Cristo no resucitó nunca ni podía resucitar porque, en realidad, no había muerto. Fué puesto en el sepulcro en estado de muerte aparente no real, de la que salió gracias al reposo del sepulcro y a los excitantes aromas del entierro... Logró evadirse de la tumba sin ser advertido de la guardia y en esta nueva situación de resucitado aparente, se apareció a sus discípulos...

Un día llegó su turno al exaltado fariseo. La ocasión no podía ser más oportuna y propicia para los efectos pretendidos; cuando se acercaba a Damasco meditando sus planes persecutorios, Cristo se le cruzó en el camino, miró con ira a su fanático perseguidor y le increpó con la mayor aspereza. Saulo quedó aterrado ante la vista del odiado Profeta y su reprimenda... y se convirtió...

Que el lector enjuicie por sí mismo la flamante hipótesis.

Si esto es historia y sano criterio, ignoramos lo que significan esas palabras y estamos seguros además de que si hubiera sido la Iglesia la patrocinadora de la misma se hubiera desbordado el desprecio y aun la indignación contra ella.

Holsten, Pfleiderer

Estos autores proponen explicaciones psicológicas.

Las estábamos esperando porque son las más obvias. La actual psicología, por ser una ciencia que se encuentra aún en sus comienzos, es vaga e imprecisa y por lo mismo, sufrida y fácil acogedora de ensayos y teorías.

Los autores arriba mencionados, aunque dispares en sus explicaciones, coinciden ambos en que lo sucedido camino de Damasco no fué más que la solución repentina y brusca de un drama interno y psicológico oculto hacía tiempo en el corazón de Pablo.

Para Holsten es «una crisis intelectual en un sujeto predispuesto».

Pablo era, afirma él, un *epileptoide*, de sensibilidad extrema y «propenso a trasladar a una esfera de éxtasis y visiones las impresiones intelectuales que recibía. Tras un oscuro período de pasiva expectación respecto de la religión judía, su espíritu despertó de improviso, se irguió sobre sí mismo y razonando las ideas antiguas forjó una visión intelectual completamente nueva.

Fué la liberación de su mente del pasado, al par que la primera visión de Cristo, a la que seguiría toda una serie de otras

visiones neuro-extáticas..., hasta llegar al acto inmanente de su espíritu que constituye su conversión»...

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo...?

No hay para qué detenernos en su refutación.

Todo lo que dice Holsten tiene más visos de cavilación que de una seria hipótesis. ¿De dónde saca el racionalista «el período oscuro de expectación respecto de la religión judía» en que nos sitúa, a Saulo?

Nosotros hubiéramos dicho más bien todo lo contrario. Su adhesión incondicional y fanatismo por dicha religión rezuma abundante de todo cuanto de él sabemos. Precisamente iba a Damasco con proyectos terroríficos de aniquilamiento contra los cristianos que, a su parecer, se oponían a ella...

Nos parece también irreverente y el autor debiera haberlo pensado más antes de escribirlo, el epíteto de *epileptoide* que aplica tan desenfadadamente a uno de los hombres más grandes, geniales y tenaces que han existido en la humanidad.

Pfleiderer

La explicación de *Pfleiderer* se reduce a la anterior, aunque con términos y suposiciones menos hirientes.

«Pablo, nos dice, había quedado muy impresionado por la muerte tranquila y serena de Esteban que él había contemplado, con sus propios ojos. Después de ella empezó a sentir continuos remordimientos mientras afloraban a su alma secretos impulsos de afecto hacia la nueva religión...

Por otra parte, le parecía cada vez más insuficiente la ley para llevar al hombre la liberación. ¿Quién sabe, se preguntó, si esta liberación no podría venir en efecto, de aquel Jesús muerto en la cruz y tan semejante al justo doliente por el bien de los demás de que hablan las escrituras?

Añádase, continúa, que el carácter de Pablo era impulsivo y predispuesto a pasar en un instante, de uno a otro extremo...; súmese el cambio repentino del paisaje, de las muchas pistas solitarias del desierto al de los jardines que rodean la ciudad..., y se verá que no es extraño que el conjunto de todas estas causas hiciera que el perseguidor se derrumbara en el momento de iniciar su persecución y que de enemigo se convirtiera en amigo.»

Suponemos que tampoco estos razonamientos habrán convencido mucho al lector. Meras suposiciones, hipótesis expuestas más o menos brillantemente, pero sin consistencia ni fundamento en los documentos que del hecho poseemos...

Menos mal que tampoco el mismo autor está del todo convencido de lo que dice, cuando deja aún margen a «una revelación religiosa en él realizada en el sentido estricto de la palabra.»

Renán

Y llegamos a la más divertida de todas las soluciones: la del novelista de la *Vida de Jesús*, Renán.

Como casi todas las suyas es de tipo poético y fantástico en que es gran maestro.

He aquí con qué insustancialidad tan galana y florida y apta para deslumbrar nos la propone:

«Pablo, dice, se acercaba a Damasco para iniciar la persecución, pero, como todas las almas fuertes, estaba próximo a amar lo que odiaba... Había oído hablar de las apariciones de Jesús y a veces le pareció ver el dulce rostro del Maestro que le miraba con aire de piedad y de suave reproche. Por otra parte, su oficio de verdugo se le hace, cada vez, más odioso. Está cansado también del camino; tiene los ojos hinchados tal vez por un principio de oftalmía y ahora, al fin del viaje, pasa de la llanura devorada por el sol a las sombras frescas de los jardines... Todo esto determina un acceso febril en el organismo enfermizo y gravemente perturbado del fanático viajero; porque las fiebres perniciosas acompañadas de reflejos cerebrales son completamente súbitas en aquella región...

Probablemente, continúa, estalló al punto un temporal, porque las laderas del Hermón son lugares donde se forman truenos de violencia tan incalculable que las almas más frías no atraviesan sin emoción aquellas espantosas lluvias de fuego...

Ya adivina el lector la solución.

Pablo, en su acceso febril pernicioso, confunde un rayo de la tormenta con la aparición del dulce Maestro, su voz con un trueno...

Ciertamente, si para negar la verdad de nuestros libros sagrados se ha necesitado llegar a tales desvaríos, podemos estar seguros de ellos como de ningún otro del mundo.

Habría notado el lector las osadías y arbitrariedades, por no decir las mentiras acumuladas en esta narración. Empieza por el principio de oftalmía padecido por Saulo y sigue «el acceso febril...», las fiebres perniciosas acompañadas de reflejos cerebrales que son completamente subitáneas en aquella región..., la tempestad oportuna en las laderas del Hermón donde se forman truenos de violencia incalculable; las espantosas lluvias de fuego propias también de la región...

¿De dónde ha sacado todos estos datos Renán? Ni la geografía ni los habitantes del país saben nada de todo eso...

Pero, sobre todo, la identificación de un rayo con la aparición del Maestro y del trueno con su dulce voz... Es el colmo de la osadía, de las afirmaciones no ya sólo gratuitas sino mentirosas a sabiendas...

Con toda esa sinceridad y buen sentido histórico se procede.

Suerte que la verdad habla por sí y, al menos a la larga, se abre camino.

Es satisfactorio constatar de nuevo que no son pocos los eruditos racionalistas que rechazando resueltamente todo intento de explicación psicológica, afirman que la conversión de Pablo es, y seguirá siendo un problema insoluble.

Sí, tienen razón. Un problema insoluble para el racionalismo y la incredulidad. Pero no, por fortuna, para el creyente.

Para éste es obvio y fácilmente explicable el hecho y ya lo apuntamos al principio.

Cristo, que velaba por su Iglesia, vió en Saulo de Tarso, el corazón, la inteligencia y el dinamismo que él necesitaba y lo atrajo, lo conquistó para sí con los medios sobrenaturales y milagrosos de que dispone.

IX

UNIVERSALIDAD DEL CRISTIANISMO

El Centurión Cornelio y la visión de Jope. — Los gentiles llamados al Evangelio. — ¿Obligatoriedad de la ley? — El Concilio de Jerusalén.

Leemos en el capítulo décimo del tantas veces citado libro de los orígenes cristianos, los siguientes interesantes episodios:

«Había en Cesarea un varón llamado Cornelio el cual era centurión de la cohorte llamada Itálica, hombre religioso y temeroso de Dios con toda su familia, y que daba muchas limosnas al pueblo, y hacía continua oración a Dios: éste, pues, a eso de la hora de nona, en una visión vió claramente a un ángel del Señor entrar en su aposento, y decirle: Cornelio. Y él, mirándole, sobrecogido de temor, dijo: ¿Qué queréis de mí, Señor? Respondióle: Tus oraciones y tus limosnas han subido hasta arriba en el acatamiento de Dios haciendo memoria de ti. Ahora, pues, envía a alguno a Jope en busca de un tal Simón, por sobrenombre Pedro: el cual está hospedado en casa de otro Simón, curtidor, cuya casa está cerca del mar: éste te dirá lo que conviene hacer.»

El buen militar, tan pronto como desapareció el ángel, llamó a dos de sus domésticos y a un soldado también piadoso, de sus asistentes y contándoles el suceso, los envió con el mensaje a Pedro.

El Apóstol había tenido su visión complementaria. A la hora misma de la de aquél y estando orando en la casa de su huésped, se apoderó de él un éxtasis profético: En él vió el cielo abierto, y bajar algo así como un mantel grande, que, pendiente de sus cuatro puntas, se descolgaba del cielo a la tierra, en el cual había todo género de animales cuadrúpedos, y reptiles de la tierra, y aves del cielo. Y oyó una voz que le decía:

«Pedro, levántate; mata, y come. Dijo Pedro: No haré tal, Señor; pues jamás he comido cosa profana e inmundada. Replicóle la misma voz: Lo que Dios ha purificado, no lo llames profano. Esto se repitió por tres veces: y luego el mantel volvió a subirse al cielo» (Act. XII, 11-16).

Estaba Pedro indeciso pensando en lo que significaba la visión cuando llamaron a la puerta los hombres enviados por Cornelio. Les acogió y hospedó benignamente y partió con ellos a Cesarea. Al llegar ya le estaba esperando el piadoso militar «convocados sus parientes y amigos más íntimos», como refiere expresamente el texto. Cornelio se postró a los pies del Apóstol haciéndole una profunda reverencia, pero éste le levantó diciendo: «Álzate que yo no soy más que un hombre como tú.» Siguióse de parte del militar la relación de todo lo sucedido y terminó con estas palabras: «Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en tu presencia para escuchar cuanto el Señor te haya mandado decirnos...» Pedro, emocionado, comenzó entonces a hablarles de Jesús:

«Verdaderamente acabo de conocer, dijo, que Dios no hace acepción de personas: sino que cualquier nación, el que le teme, y obra bien, merece su agrado. Lo cual ha hecho entender Dios a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo el cual es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo que ha ocurrido en toda Judea: habiendo principiado en Galilea, después que predicó Juan el bautismo, la manera con que Dios ungió con el Espíritu Santo y su virtud, a Jesús de Nazaret, el cual ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado, y ha curado a todos los que estaban bajo la opresión del demonio, porque Dios estaba con Él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén y cómo, no obstante, le quitaron la vida colgándole en una cruz. Pero Dios le resucitó al tercer día y dispuso que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los predestinados de Dios para testigos: de nosotros que hemos comido y bebido con él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo que él es el que está, por Dios constituido juez de vivos y de muertos» (Act. XII, 34 s.).

Quedaban descifrados los enigmas y recorridos los velos de las visiones pasadas.

Dios llamaba abiertamente a los gentiles a la fe; las observancias y ritos antiguos estaban abolidos por el sacrificio de Cristo; la ley de Moisés se eclipsaba ante la nueva de la que no había sido otra cosa que heraldo y precursora; y, como legítima consecuencia de todo «derribado ya el muro de separación», no había más que una humanidad regenerada, el nuevo pueblo de Dios que abarcaba el universo entero.

Pedro instruyó al Centurión convenientemente en las verdades de la fe y después de ello, en medio del mayor júbilo del honrado militar, le bautizó con todos los de su casa.

Había dado el paso decisivo cumpliendo la voluntad manifestada por Cristo. La nueva religión no tenía acepción de personas: el judío, el griego y el bárbaro, lo mismo que el esclavo y el libre, significaban lo mismo para ella: era, según los claros designios de su divino fundador, universal, católica en toda la extensión de la palabra.

Escándalo y Protestas

¡Cosa extraña!

A pesar de las palabras terminantes del Maestro que envió a sus discípulos «al universo mundo», a «predicar el evangelio a toda criatura», todavía es lo cierto que las miras estrechas y egoístas de algunos fieles de Jerusalén habían concebido un cristianismo meramente nacional judío, como una continuación del pasado...

¿No era el Mesías, israelita?, opinaban: ¿El Rey magnífico prometido por Dios a su pueblo en un designio de amor hacia él, mayor que David y Salomón, para levantarlo a la cumbre de la gloria, sojuzgando y poniendo como escabel de sus plantas a todas las naciones? Su reino, pues, debía ser también judío, del pueblo de la alianza y de las promesas y en modo alguno de paganos, gente apartada y lejana, objeto del desprecio y aun de las iras de Dios.

Ya prevé el lector escisión y lucha de pareceres.

Los sucesos de la conversión de Cornelio y su bautismo y solemne agregación a la Iglesia, llegaron muy pronto a Jerusalén levantando el consiguiente revuelo. Apenas volvió Pedro a la Capital, de sus excursiones apostólicas, se sintió acometido hostilmente por no pocos. Los de la circuncisión, dicen los *Hechos*, reprocharon su modo de proceder. ¿Por qué has estado con los incircuncisos?, le dijeron. ¿Por qué has comido con ellos?

El Apóstol hizo frente a la tormenta contando cuanto había acontecido. Les expuso la visión profética habida en la terraza de su huésped en Jope, la aparición del ángel al Centurión y la venida del Espíritu Santo sobre él aun antes de recibir el bautismo... Al fin concluyó con decisión y valentía:

«Si Dios ha dado a los gentiles el mismo don que a nosotros que hemos creído en Cristo, ¿quién era yo para estorbarlo?»

El argumento, como ve el lector, era tajante y consiguió acallar por entonces la voz de los desidentes. Nada podían replicar pero la idea quedaba dentro muy fija y pertinaz en su mente, especialmente en el grupo de los sacerdotes y fariseos convertidos y dispuesta a aflorecer de nuevo de una manera o de otra, tan pronto la ocasión se presentase, cosa que no tardó mucho, como veremos.

¿Obligatoriedad de la ley?

Fué el inmediato asidero de los judaizantes.

Dado que el evangelio se abría a los gentiles, ¿se debía admitir a éstos sin más, por sólo el bautismo y su fe en Cristo, o era necesario que se sujetaran a la ley de Moisés y sus prescripciones, especialmente a la circuncisión, como los israelitas?

Cuestión difícil de resolver en aquellas circunstancias y de no escasa trascendencia.

Miremos a un lado y a otro.

La ley de Moisés era para los fieles procedentes del judaísmo, como para todo buen israelita, algo imprerescindible y esencial. Había sido dada por el mismo Dios a su pueblo entre los relámpagos y truenos del Sinaí, y en ella se cifraba el pacto, todo el Antiguo Testamento, de cuya observancia provinieran las bendiciones de Yahvé, así como de su quebrantamiento todas sus desgracias. La ley, la *Toráh*, juntamente con el templo y a par de él, era lo más santo e intangible para el judío y no pocos la llevaban siempre ante sus ojos en las típicas filacterias...

Los cristianos debían observarla también escrupulosamente como la había observado el mismo Cristo que dijo además de sí que «no había venido a derogar la ley, sino a cumplirla».

Tal era la posición, fuerte ciertamente, al menos en apariencia, de los judíos cristianos.

La de los fieles procedentes del gentilismo no lo era menos. Ellos no sentían ni podían sentir el cariño y el apego a la ley de Moisés que profesaban los judíos. Más aún, y ello era lo principal: la ley mosaica contenía observancias y prescripciones no sólo antipáticas sino insoportables para ellos. La circuncisión especialmente era un muro infranqueable y la tenían innata repugnancia. Si a más de eso, se habían de observar los rigores exagerados del descanso sabático, la pureza de los alimentos y evitar el contacto con los paganos, era de prever la rotunda resistencia de parte del mundo infiel y aun quizás la desbandada de los ya convertidos.

Sería la mayor catástrofe para la Iglesia. En aquellos días precisamente se recibían las más halagüeñas noticias de conversiones sin cuento. Los Apóstoles Pablo y Bernabé habían extendido su predicación por el Asia, con los resultados más felices. Nuevas cristiandades se levantaban por doquier. El evangelio se abría paso aceleradamente en el gentilismo. Los infieles dejaban sus idolatrías y las tinieblas del error y jubi-

losos abrazaban la fe de Cristo. ¡Hermoso y magnífico porvenir! Los corazones de todos se explayaban en ilusiones y sueños de conquista. El mundo entero para Cristo... ¿podía haber ambición más legítima, anhelo más embriagador y divino?

«Si no os circuncidáis conforme a la ley de Moisés no podéis salvaros.»

Tales fueron, según los *Hechos* (XV, 1) las palabras tajantes y crueles que una delegación jerosolimitana, procedente como ella decía de aquella Iglesia Madre, intimó a los fieles de Antioquía que habían pertenecido, en casi su totalidad, al paganismo. No venían de parte de ninguna Iglesia: era un grupo de fanáticos judaizantes que se arrogaban ese título, pero la desazón y pánico sembrado fué angustioso.

Quedaba abierta la herida y había que cerrarla. Se imponía una intervención autoritaria decisiva y a ella se apostó el

Concilio jerosolimitano

Los dos apóstoles de Antioquía, Pablo y Bernabé, habían sido los más afectados en el incidente desagradable, pero reaccionando enérgica e inmediatamente, determinaron ir en persona a Jerusalén para consultar a las supremas autoridades de la Iglesia y alcanzar de ellas una norma válida y segura para siempre en los puntos discutidos.

El viaje lo hicieron probablemente por tierra a través de Fenicia y de Samaria, en el año cincuenta de nuestra era.

En la capital de Israel, gozoso y entusiasta recibimiento. Todo lo merecían los héroes del apostolado en Asia... Luego la *Magna Asamblea* en la que tomaron parte no sólo los Apóstoles y los Presbíteros, sino aun los simples fieles, como atestiguan expresamente los *Hechos* (XV, 6)

Se discutió largamente, pero todo terminó con el triunfo de los delegados antioquenos y de la tendencia favorable a los gentiles. Hicieron uso de la palabra, dirimiendo rotundamente el litigio, los mismos apóstoles jerosolimitanos. *Pedro* recordó paladinamente que la evangelización de los gentiles había comenzado ya hacía mucho tiempo, desde la conversión del Centurión Cornelio de la que él mismo había dado explicación a su debido tiempo. El militar y toda su familia habían recibido los carismas del Espíritu Santo aun cuando no observaban la ley. Declaró que la ley de Moisés había sido un yugo molesto e intolerable para los mismos judíos y que no podía imponerse a los

gentiles convertidos. La gracia de Jesucristo era la única que podía dar la salvación a los paganos y a los judíos y en consecuencia, ella sola había de imperar en adelante, en la nueva era del mundo, del reino mesiánico, del cual la ley no había sido más que un mero precursor que preparaba sus caminos.

Estaba dilucidada la cuestión. Ante palabras tan acertadas y llenas de autoridad del primero de los apóstoles ya nadie osó seguir en el debate.

«Toda la muchedumbre calló, dice la relación del texto y oyó a Pablo y a Bernabé que referían cuántas señales y prodigios había hecho Dios entre las gentes por su medio.»

Nueva autoridad y luz en el asunto.

Estaba presente también en Jerusalén el llamado hermano del Señor Santiago y quiso terciar en la solución del importante problema: gozaba de grande prestigio entre los fieles por su calidad de pariente del Señor, austeridad de vida y piedad manifestada en la asidua frecuentación del templo. Parece que en él habían puesto su confianza los partidarios de la tesis de la ley, pero se equivocaron.

Santiago se sumó a la opinión de Pedro. Declaró abiertamente que los paganos que se convertían, no debían ser molestados con prescripciones judaicas; bastaba la fe y la gracia de Jesucristo.

Una salvedad tan sólo. Juzgó que los gentiles conversos debían tener alguna consideración frente a los cristianos procedentes del judaísmo absteniéndose de ciertas prácticas a las que ellos no daban importancia, pero que molestaban grandemente a los judíos; a saber, comer de las carnes inmoladas a los ídolos, la fornicación y la sangre.

Había llegado a su fin el litigio.

En paz y concordia se había esclarecido el más trascendental problema surgido en el naciente cristianismo. Sin duda que la solución final no había sido del gusto de todos, pues la tendencia judaizante persistió muchos años en algunos pero, en general, pudieron afirmar los *Hechos* que pareció bien a todos. Escogieron, pues, a algunos de entre ellos, a Judas llamado Bársabas y a Silas, varones principales entre los hermanos, para enviarlos a Antioquía juntamente con Pablo y Bernabé, para dar la grata nueva de la decisión final a aquellos buenos cristianos que con ansiedad aguardaban la solución del problema.

El escrito de que les hicieron portadores decía así:

«Los apóstoles y ancianos, hermanos, a sus hermanos de la gentilidad que moran en Antioquía, Siria y Cilicia, salud: Habiendo llegado a nuestros

oidos que algunos de entre nosotros, sin que nosotros los hubiéramos mandado, os han turbado con palabras y han agitado vuestras almas; de común acuerdo nos ha parecido enviaros varones escogidos en compañía de nuestros hermanos Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto sus vidas por el nombre del Señor Jesucristo, a Judas y a Silas para que os refieran de palabra estas cosas. Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga más que estas necesarias: que os abstengáis de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de desgarró y de la fornicación, de lo cual haréis bien en guardaros» (XV, 22 s.).

Ahora sí que podía decirse que la puerta del Evangelio, de la nueva salvación, se había abierto a los gentiles. La idea quedaba plenamente iluminada. La ley de Moisés había sido el precursor, el pedagogo que llevara a los hombres hasta Cristo. Venido éste debía desvanecerse. El Viejo Testamento cedía al Nuevo, la Ley a la gracia. El cristianismo era la nueva y única salvación de los hombres. El viejo judaísmo nada suponía ya en los planes providenciales de Dios para la santificación del mundo. Había sido rechazado por inútil, arrumbado como un vestido roído por la polilla. En lugar suyo se levantaba la Iglesia, la depositaria del nuevo pacto o Testamento, el reino mesiánico prometido y tantas veces anunciado en las sagradas Escrituras.

X

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (I)

La expansión del cristianismo al finalizar la era Apostólica. — Nombres y campo de operaciones. — Héroes anónimos.

Una mirada ~~de~~ conjunto a los héroes y a su obra.

Hacia el fin del primer siglo de nuestra era se encontraba ya sólidamente arraigado el cristianismo casi en todas las regiones del orbe entonces conocido.

En Jerusalén aparecía llena de pujanza la que podía llamarse Iglesia Madre de todos los cristianos provenientes del judaísmo. Al subir el fundador a los cielos se enumeraban solamente unos seiscientos fieles, de los que ciento veinte eran asiduos en su asistencia al Cenáculo, según el testimonio de los *Hechos*. Ese número creció rápidamente en la gran jornada de Pentecostés y en la siguiente de la curación del tullido del templo, por los discursos de Pedro. Ya eran más de cinco mil los seguidores de la nueva religión y cada día se multiplicaban las adhesiones, hasta el punto de alarmar a las autoridades judías.

De la metrópoli de Israel fué llevado el evangelio a *Samaria* por ministerio de los fieles dispersos de Judea a raíz de la persecución iniciada con el martirio de Esteban y, sobre todo, por la ardiente palabra del diácono Felipe, que obraba allí grandes maravillas y conversiones en masa.

De Samaria penetró triunfalmente en Lida, Jope y Cesárea, y remontando el litoral mediterráneo, en Tolemaida, Tiro y Sidón, regiones del todo paganas y en las que ya, el año cuarenta, encontramos importantes núcleos cristianos.

Siria, más afortunada aún, vió multiplicarse la fe rápidamente en todos sus confines, máxime en las dos ciudades más importantes: Damasco y la capital Antioquía. En la primera florecía ya una Iglesia llena de fervor y dinamismo antes de la